

Año VI Número 5.457



JUEVES 24 MARZO 1949

ORGANO DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL Y PORTAVOZ DE LA U. G. T.

El viejo tema de la colaboración por Andrés Saborit

Es un viejo tema el de la colaboración ministerial. Hubo un hombre en la política socialista internacional que agotó su vida plantándolo en todos los Congresos internacionales: Pierre Renaudel, director de L'Humanité, a la muerte de Jaurès...

tiempo, de reintegrarse todos en un solo Partido, unificado, pero ajeno a comunistas y católicos. Es posible que esa solución llegue a imponerse en próximos Congresos socialistas...

dato, con la enseñanza religiosa, el matrimonio católico y la prohibición del divorcio, como un MEDIO para llegar a su objetivo: el Golpe de Estado...



JULIO GUESDE

Se comprenden bien las dificultades con que tiene que crecer y desarrollarse de nuevo el Socialismo italiano. Si hubiese nacido, después de la caída mussoliniana, fuerte, unido, sin tendencias, sin matices, sin pactos ni alianzas con comunistas ni antisoviéticos...

Julio Guesde fué en Francia el campeón de la política socialista fieramente hostil a TODOS los partidos burgueses. Guesde no transigía con la menor colaboración con los partidos burgueses, en ningún terreno...

El miércoles 9 de Marzo, nuestro Comité se reunió con Mr. Acheson, entregándole una declaración sobre la situación internacional relativa al Pacto del Atlántico...

Respuesta de la Federación Americana del Trabajo a Indalecio Prieto

El mensaje que Indalecio Prieto dirigió a William Green, presidente de la Federación Americana del Trabajo, ha tenido contestación muy satisfactoria. Aquel documento fué examinado por el Comité que dicha Federación tiene constituido en defensa del Movimiento Sindical Libre...

Nueva York, 15 de Marzo. Sr. Indalecio Prieto, San Juan de Luz.

Querido compañero Prieto: Su última carta, dirigida por usted al Presidente Green, me fué trasladada para contestarla y para cuanto acerca de ella proceda.

Prestando a su estimada nota la más solícita consideración, la leímos en reunión del Comité de Relaciones Internacionales de la Federación Americana del Trabajo, quedando profundamente conmovidos por sus manifestaciones...

Como letrará usted interés en saberlo, le diré que el Secretario de Estado manifestó absoluta simpatía por nuestros puntos de vista y nuestras proposiciones. Dijo que se mostraba invariablemente opuesto a seguir una política que equivaldría a decirle a Franco: «Dejemos que lo pasado sea pasado, permítanos olvidar y usted será un buen consocio»...

dos por el régimen fascista de Franco que, según acuerdo de la Asamblea general de las Naciones Unidas, se impuso por la fuerza al pueblo español con ayuda de las potencias del Eje...

Estamos preparando el correspondiente memorándum para las ediciones francesa, alemana, italiana e inglesa de nuestro boletín mensual del Movimiento Sindical Libre.

El pasaje referente a España en el informe presentado por la Federación Americana del Trabajo al Secretario de Estado, y del que habla Jay Lovestone, dice así:

Para dar al mundo las directrices democráticas y constructivas que necesita, nuestro país no debe cerrar los ojos ante los crímenes cometidos contra la humanidad y la libertad, cualquiera que sea quien perpetre tales bestialidades...

JAIME VERA por el Dr. Eleicegui

«El Socialista», de Madrid, publicó el día en que falleció nuestro ilustre correligionario Jaime Vera un admirable trabajo debido a la pluma del Dr. Eleicegui.

En ese estudio se alude a una semblanza de Pablo Iglesias que escribió Jaime Vera. Es sencillamente insuperable. La escribió para «Renovación», cuando Pablo Iglesias fué elegido por vez primera Diputado a Cortes por Madrid, en 1910.

«Ese trabajo, fué impreso obstante, el caso de Pablo Iglesias ya merecía aquel homenaje, y el de Jaime Vera. Muertos los dos, nunca recordaremos bastante los sacrificios que ambos hicieron por defender la causa del proletariado, en su ambiente lleno de dificultades. Por ello, rogamos a nuestros jóvenes camaradas que lean con la emoción que se desprende de sus párrafos el siguiente comentario que el Dr. Eleicegui hizo, el día en que falleció, el Dr. Jaime Vera:

Dijo un día Jaime Vera, hablando a los jóvenes socialistas, que la edad de las almas no se cuenta siempre por los años; anidan en jóvenes cuerpos almas viejas, y en cuerpos viejos almas de renaciente juventud. El fué de éstos. Cuando, prematuramente, y quizá debido a un accidente desgraciado, llegó el desmoronamiento de su organismo, el alma no envejecía, acariando aún con más calor que nunca sus ideales y poniéndoles todo el fuego de una pasión moza. Recuerdo hace un par de años la tarde que, en unión de su hermano y amigo mío Vicente Vera, pasé con él unas cuantas horas de agradable charla. Era un vencido por el mal. Casi esquelético, sus ojos no recogían la luz y sus manos temblaban con temblor patológico...

JAIME VERA Nació el 20 de marzo de 1859, en Salamanca.

con una fotografía del «abuelo», la primera que se daba en un órgano del Partido. No era entonces costumbre publicar fotografías de nuestros hombres, ni mucho menos llenarlos de elogios, a veces jay!, desproporcionados... La sobriedad no estaba nunca, en estas materias, en Agrupaciones de tipo impersonal, como deben ser las nuestras. No

Desde estudiante — me decía aquella tarde — nacieron mis aficiones a las ciencias mentales. Cuando empecé mi carrera enseñaba Patología general en el Hospital Provincial D. José María Esquerdo, y yo la aprendí con él, simultáneamente ya allí mis estudios de lo mental y nervioso. Don José me dió el premio. Eramos doscientos sus alumnos. Un día, al encontrarle y saludarle en la calle, me dijo: «Vera, ¿quieres que seas médico y jefe local de mi manicomio?» Acepté, y allí, ya de lleno y con material abundante, hice mis investigaciones y trabajo.

Gané una plaza de médico en el Hospital General, y allí me encargué de la enfermería de mentales y nerviosos. Han sido estudios predilectos míos enfermedades como la parálisis general, el histerismo, los estados neurasténicos, las enajenaciones mentales, que yo suelo llamar de tipo emocional. Un día, el grupo confuso de la neuritis, las parálisis espasmódicas y las manifestaciones que apenas pueden catalogarse de las poliomielitís, en las cuales al diagnosticar, al pronosticar y en la asistencia, he tenido mis modestos triunfos en épocas en que muchas formas de poliomielitís no habían entrado en el cuadro práctico de muchos médicos de superioridad clínica indiscutible. ¿Qué más quisiera usted que le diga?

EL DOCTOR VILLALOBOS, EXORCISTA.

PUES bien, las seudoposiciones diabólicas son frecuentes entre mujeres en la sierra de Béjar, por todas las curas infaliblemente don Fili. Las endemias bajan a Salamanca para que don Fili les saque los diablos del cuerpo y don Fili se los saca por un procedimiento de sencilla sugestión. Convence a las pobres enfermas de que cuando cierta secreción exterior — la más abundante — revista color azulado, será señal de que los diablos escapan entre ella. Una prudente y bien disimulada dosis de azul de metileno produce el fenómeno. Apenas las enfermas lo advierten — y ocurre pronto — la paz vuelve a reinar en su espíritu y, bendiciendo a don Fili, retornan alegres a sus lejanas caserías. El doctor Villalobos nunca convirtió en industria lucrativa su mágico exorcismo; al contrario, siempre bonadoso, ponía unas monedas de plata en el bolsillo de las endemias, si éstas padecían juntamente los tormentos del demonio y los del hambre. Se contentaba, si acaso, con que en las elecciones le aseguraran las desembrujadas votos para seguir siendo diputado a Cortes por Béjar. Pero ahora que no hay elecciones, ni eso.

El color azul es, pues, color satánico. Así podemos explicarnos por qué fué elegido para las camisas de Falange Española. Y por qué se llamó Diputación Azul la que, contra Rusia, envió Franco a Hitler. San Juan de Luz.

El Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia ha hecho pública su oposición a dar entrada en el Pacto del Atlántico a la España de Franco. Las propagandas más o menos retribuidas, por esta vez, no han dado resultado. El cerco sigue puesto; Franco ha de saltar, para que España viva y se incorpore al concierto de las naciones libres y progresivas.

EXORCISMOS

El azul, color satánico

por Indalecio Prieto

de la moda que sustituye pamelas descomunales con gorros diminutos, propios para bufones de circo. Montehermoso está encima de las Hurdes, región que tuvo cierta boga al final del reinado de Alfonso XIII, cuando éste se propuso regenerar a sus pobladores, casi enanos y bastante canijos.

Cualquier historiador minucioso de la vida política y religiosa de España en el primer tercio del siglo XX deberá parar su atención en las Hurdes, no porque la empresa regeneradora allí intentada llegara siquiera a iniciarse, sino porque las visitas reales a aquellos parajes tuvieron curiosas consecuencias. Si esa historia se ilustra con fotografías, los editores desaparecerán de una interesantísima, donde el rey no aparece vestido de capitán general ni de almirante, sino en cueros vivos, pues de tal guisa tuvo capricho en retirarse junto al doctor Gregorio Marañón, también completamente desnudo, a orillas de un lago.

Allí conoció don Alfonso de Borbón a don Pedro Segura, obispo de Coria, diócesis a que pertenecen las Hurdes. La primera impresión que el prelado produjo al monarca fué de antipatía; pero alguien entre el acompañamiento puso porfia en desvanecerla, y lo que fué ojeriza trocóse en afecto. Si los reyes, desnudos cual su madre los parió — más altos o más bajos, más gordos o más flacos — se nos presentan iguales al resto de los hombres, también resultan volubles como cualquier hijo de vecino que tenga el capricho por norma. Don Pedro Segura, de la mano de don Alfonso, salió del pobre y obscuro obispado coriano y llegó a la Silla Primada de Toledo, brincando por encima de miras más prestigiosas y de algunos capelos.

PRELACIONADO DEL DIABLO POR LOS MONTES SALMANTINOS

En la sierra de Béjar, cuyas cumbres vertientes acabamos de ver, nadie disfrutó popularidad mayor que don Fili, en los tiempos de que hablamos. Don Fili, hombre alto y macizo, fué asiduo acompañante de don Miguel de Unamuno, el que con más frecuencia daba vueltas con el célebre rector por la Plaza Mayor de Salamanca...

manca o le oía sin chistar durante largos paseos por la carretera que conduce a Zamora, el que primeramente conocía los originales pensamientos del filósofo bilbaíno. Unamuno antes de escribir nada se lo espetaba siempre a un amigo en quien enclavaba sus

hubimos de ocuparnos en anterior artículo. Porque la sierra de Béjar, como ciertas regiones de Mongolia, merece del diablo manifiesta predilección.

Satán contiene un capítulo dedicado a terapéutica. Lo cierra el P. Joseph de Tonguec con un artículo titulado «Algunos aspectos de la acción de Satán en este mundo». Lo sugestivo del rótulo y la circunstancia de ser exorcista en el obispado de París el autor incitan a leer con preferencia dicho trabajo.



Mujeres salmantinas, vistiendo el traje charro.

ojillos de lechuga para medir el efecto de sus paradojas. Antes que lectores necesitaba auditores. En Salamanca, fué auditor preferido don Fili, el doctor Filiberto Villalobos, catedrático de la Facultad de Medicina...

dec decepción, pues cuando, atendida la especialización del firmante, se espera conocer casos milagrosos de desdemoniamiento, el fraile, muy discreto, nos cita el «número infinito de desgraciados que no ofreciendo signo alguno de posesión diabólica recurren, sin embargo, al ministerio del exorcista para ser liberados de sus miserias: enfermedades rebeldes, desventuras, desgracias de toda especie».

EL CASO DEL P. SURIN. SUBYUGAN más las páginas que el doctor Jean Lhermitte, miembro de la Academia de Medicina de Francia, consagra a las seudoposiciones diabólicas que denomina «psicosis demonopáticas», por las cuales, en épocas no muy lejanas, al dar origen a sospechas de tratos con Satán, eran impuestos suplicios terribles. «A la hora actual — escribe — no hay psiquiatra que no encuentre fácilmente bajo la máscara de brujerías de otro tiempo síntomas acusados de psicopatías que a diario atendemos».

Entre los casos a que pasa revista Lhermitte figura el ya muy estudiado del P. Surin, exorcista que, queriendo exorcizar a monjas posesas, concluyó endemoniándose él, o sea algo análogo a lo que ocurre con alienistas que terminan alienándose, como si la locura, según el dicho popular de que un loco hace cien-

guede con un artículo titulado «Algunos aspectos de la acción de Satán en este mundo». Lo sugestivo del rótulo y la circunstancia de ser exorcista en el obispado de París el autor incitan a leer con preferencia dicho trabajo. «Satán» es obra de estructura tal que se puede comenzar a leerla por cualquiera de los treinta y seis artículos que la dividen. El del P. Tongue-

to, fuera contagiosa. El P. Surin, de venerable vida mística, fué afectado por extrañas perturbaciones que él mismo describió en carta dirigida a un amigo: «Estoy en constante conversación con el diablo. Este pasa del cuerpo de la persona poseída al mío. Es como si yo tuviese dos almas que se combaten en un mismo campo, el cuerpo, como si mi alma se hubiese partido en dos». Tales tormentos duraron dos años. Agotado, el desdichadísimo padre llegó a perder la palabra, estando mudo siete meses. Varias veces quiso suicidarse. «A pesar de todo — dice Delacroix en su obra «Etudes d'histoire et de psychologie du mysticisme» — su alma no perdía la atención a Dios. Sentía a la vez la desesperación y el deseo de proceder conforme a la voluntad de Dios». Y sin que cesara tan espantosa lucha, terminó con sus días «una enfermedad desconocida, para la cual todos los remedios fueron inútiles».

«Bueno — replicó vivamente — eso responde al modo especial que tengo yo de ver a los enfermos. Usted ya sabe que los de esta clase exigen examen detenido, concienzudo, y una dosis de observación y paciencia muy grande, y yo al encargarme de estudiar uno perdía la noción del tiempo, que no recordaba hasta que había alcanzado el diagnóstico del desgraciado que se entregaba a mí. Y en pleno triunfo profesional ingresó en el Partido Socialista español. Su actual» (Continúa en la página 2)

El color azul es, pues, color satánico. Así podemos explicarnos por qué fué elegido para las camisas de Falange Española. Y por qué se llamó Diputación Azul la que, contra Rusia, envió Franco a Hitler. San Juan de Luz.

El Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia ha hecho pública su oposición a dar entrada en el Pacto del Atlántico a la España de Franco. Las propagandas más o menos retribuidas, por esta vez, no han dado resultado. El cerco sigue puesto; Franco ha de saltar, para que España viva y se incorpore al concierto de las naciones libres y progresivas.

El timo de los Seguros

No vacilamos en publicar la siguiente carta que nos llega de España, porque en sus expresiones, llenas de autenticidad y dramatismo, se revela la tremenda farsa que la demagogia revolucionaria está cometiendo con los trabajadores españoles.

«Aquí, en España, se ha venido el ambiente marchando siempre sobre un mismo círculo. La vida transcurre con el bienestar de unos y la degradante miseria de otros; exactamente igual que hace muchos años. Por otra parte, esto no lo conocerás. A veces pienso que lo español va a desaparecer, que se encuentra en decadencia grave, ya que la gente no desea nada; permanece bajo una tremenda apatía, existe algo amorfo... no sé cómo decirte, una niebla de muerte en el ambiente que se respira porque el pueblo genuino no cuenta para nada. Se habla mucho de él, se dice que todo lo que se hace es para él; pero el pueblo verdadero no ve más que dos castas privilegiadas que hacen y deshacen a su antojo: una, porque obran en nombre de Dios, y otra porque han ganado la guerra, han vencido al pueblo.

«Desgraciados! Llenos de placeres y mando no se dan cuenta de que el pueblo se les muere y que si el pueblo no tendrían a quien mandar ni a quien hacer trabajar. La economía del país es nula. Cada día se cultivan menos los campos. Las industrias producen menos, porque sus instalaciones son cada vez más viejas y pobres. Los ferrocarriles son trozos de chatarra caminando sobre raíles desgastados. Esa niebla de muerte y agonía se ve avanzar porque la gente no tiene ganas de vivir. Esto hace la mejor propaganda comunista que se puede ver, pues el hambre no necesita de consejos, y, claro, las gentes que se ven tratadas y engañadas pierden la noción de lo bueno, de lo justo y de lo razonable, siendo corrientes estas exclamaciones: «¿Y a mí qué?», «¿Qué venga quien quiera!», lo que yo quiero es que todos pasen hambre y se fastidien como yo!».

Posiblemente, si te llega prensa española o escuchas algún incondicional del régimen franquista, verás que hablan de las leyes sociales, de los Sindicatos verticales, del subsidio familiar, del seguro

de maternidad, del seguro de enfermedad y otras por el estilo. Todo es de una teoría asombrosa, mucho más avanzada que la que proporcionaban los rojos. Se ha sembrado mucho para el obrero, pero la cosecha la recoge solamente el organismo oficial, que por ser una institución del Estado es como un menor de edad. No se hace responsable de nada, pero en cambio exige todos sus derechos. Lo que antes llamábamos R. E. I. O. Obrero se llama ahora Instituto Nacional de Previsión y funciona exactamente igual que una industria o un comercio. Solo aspiran a obtener ganancias, muchas ganancias. Tienen unos grandes edificios y unas soberbias oficinas que han costado millones de pesetas, y, naturalmente, ese dinero no puede salir de otro sitio que del trabajador, que es quien paga sus cuotas.

«Deso hablarte del seguro de enfermedad, que es uno de los seguros que más propaganda y bombo le han dado en España y en el extranjero. En las ciudades de los pueblos y en las calles hay unos grandes carteles con estas inscripciones: «El seguro de enfermedad obligatorio es la salvaguarda del trabajador». «Una baja en el trabajo es una baja en el servicio del ejército de la producción». «Productor: todas tus exigencias y necesidades las tendremos cubiertas en el seguro». En fin, carteles muy grandes que al parecer van a resolver el problema de todas las familias obreras; pero la verdad es muy distinta.

Se montó un organismo lleno de burocracia, como jamás se ha conocido; cientos de gentes que se enchufan para trabajar solamente cuatro horas al día, gentes que pasan a engrosar el peso muerto del presupuesto nacional y que abandonan el trabajo fundamental de la economía española; gentes que desde el momento que ingresan en estos organismos pasan a ser saqueadores con los únicos fin de sacar dinero a los demás y trabajar lo menos posible. Estos institutos, que debieran estar al

servicio del pueblo, que lo paga todo, se vuelven una enorme fábrica más donde siempre han de haber utilidades y más utilidades.

Supongo recordarás que en... teníamos dos Mutualidades Obreras en las que el cabeza de familia pagaba una peseta semanal y si caía enfermo tenía un sueldo, medicinas y operaciones gratis; en fin, todo cubierto tanto para él como también para los miembros de la familia bajo su amparo. Pues ahora a cada miembro de familia se le descuentan según el sueldo que gana a base de un tanto por ciento. Por ejemplo, al obrero que gana doce pesetas diarias se le descuentan 7, 25 pts. semanales. Imagínate lo que pagarán algunas familias donde trabajan tres o cuatro personas, como sucede aquí ¡Un verdadero dineral! Los verdaderos médicos son mucho peores que los que daban aquellas Mutualidades. Si caes enfermo, para cobrar tienes que estar más de cuatro días en cama, y al llegar a los seis meses te dan de baja y te dejan en medio de la calle sin la menor contemplación, convirtiéndose en una burla la propaganda que afirma: «Una baja en el trabajo es una baja en el servicio del ejército de la producción».

He ahí, a grandes rasgos, lo que en la práctica resulta de este escandaloso seguro de enfermedad, al que tanta propaganda se le hace y cuyos beneficios no se ven por ningún lado.

De otro detalle importante te informo: que en todo el país estamos sin fuerza motriz, igual solamente nos dan un día a la semana. Esto te dará una idea de los trabajos que está pasando la industria y el comercio. Esto parece un cementerio, alumbrándose todo el mundo con velas y «mariposas» de aceite. Lo más grande es que su gravedad no tiene límites, siendo casi imposible resolverlo, lo que acrecienta con rapidez máxima el hundimiento de la economía nacional... si es que todavía queda alguna en este desgraciado país».

Q UERIDO DON ANTONIO: He leído el texto del último discurso de don Alvaro, pronunciado en la sesión de clausura del Congreso de Izquierda Republicana, según era su deseo, y siento decirle que no comparto su entusiasmo. Bien al contrario, tengo que hacerle presente mi decepción y mi disgusto. Nacen ahí los sentimientos de la devoción que he sentido siempre por el gran tribuno astur.

Me hubiera gustado verle subir en calidad de primer piloto que es de la nave feliz del Gobierno republicano en el exilio, a su puente, emplazado bajo todos los horizontes del hemisferio internacional, y que nos fijara su situación aproximada con el rumbo y la derrota probables y el puerto de destino o de arribada que, a su juicio, le espera al término de su navegación. Nada de esto logramos averiguar de su comunicación a sus correligionarios.

No puede negarse que es decepcionante una tal actitud. El primordial deber de toda guía es el de informar a sus pasajeros, o, por lo menos, a la tripulación, en qué etapa del camino se encuentra el viaje y cuáles pueden ser las peripetias temibles durante su recorrido y las escalas o puntos que hubiere que tocar antes de finalizar.

Creáme usted que, contra lo que me ha sucedido otras veces, no me ha hecho feliz esta pieza oratoria, ni como construcción literaria y documental. No intento subirme a las barbas de tan esclarecido patrio por afán desatinado de insensatez. La noble irritabilidad del refugiado vigila con todo rigor los gestos y palabras que atañen al Gran Pleito con error, no se le puede impedir que lance un grito cuando crea, no ya inocente, sino pernicioso e inexacto lo que se diga y lo que se invoque en su justificación.

No le negaré a usted que el orador se presenta en este acto como un hombre más de la Agrupación reunida en Congreso. Pero no es bastante, dicho sea sin romper ninguna consideración, para que no veamos en él al jefe responsable de las «instituciones republicanas». Observándolo bajo esta representación, he echado muy de menos una manifestación suya sobre si navegamos completamente solos por las tempestuosas aguas de la política internacional, haciendo en esta pareja con Franco, o si no, como compañero, o si no, como jefe responsable de las «instituciones republicanas». Observándolo bajo esta representación, he echado muy de menos una manifestación suya sobre si navegamos completamente solos por las tempestuosas aguas de la política internacional, haciendo en esta pareja con Franco, o si no, como compañero, o si no, como jefe responsable de las «instituciones republicanas».

Es éste un punto delicado. Porque es sabido que la nave que salga del convoy no ha de cobrar el seguro, y, en verdad, de los dos convoyes que surcan el océano diplomático no hay más que uno capaz de pagar, con el aditamento de

que las rutas que sigue el otro, a juicio mío, conducen seguro al abismo.

No vale escudarse en que, aun retenidos con legitimidad los artículos y sacramentos del Estado republicano, no deja éste de ser presunto en su excepcional composición actual, y que, dentro de ella, no cabe el rigor de la oposición. Ya sabemos que en la fortaleza del pensamiento republicano no se engendran diviesos, con ese pus. Aquí la salud es maizca. Es sabido que la presunción juega en el Derecho la misma positiva función que la hipótesis en la ciencia. Sin la una y la otra, declinan ambas. Y con ellas la Política, que si no es precisamente el Derecho, aspira a la juridicidad como fisonomía de sus actos. No hay nada sin la presunción de la buena fe en las gentes y sin aquella otra de la posesión, sea de lo que fuere, equivale al título. Todo ello está bien siempre que lo presunto no se torne en presupuesto.

Hay un aspecto, sin embargo, donde se sale de la presunción para entrar en los hechos. Mejor dicho, en los contrahechos que sustentan en pie un sistema de instituciones, ideas y prácticas. Acabo de examinar esta fábrica y llego mi querido amigo, a la triste conclusión de su endeblez e incoherencia, juntamente con la de su inexactitud documental y de interpretación. Muchas veces he oído a usted hablar de la autoridad en temas cervantinos de alguna de las primeras figuras de la izquierda Republicana. Advertido por ello que no habrá sido de su gusto la forma en que el orador forja imágenes de la psicología republicana a través de la inmortal pareja que, a lomos de Rocinante y del Rucio, siguieron la ruta sin término del Ideal. ¿Le parece a usted bien que un republicano de solera — y este lo es

Fernand Dehousse, socialista belga que ha jugado un papel preponderante tanto en las sesiones plenarias como en función de presidente de la Comisión de los Derechos del Hombre, se ha expresado en estos términos: «La base que me parece corresponde al Movimiento Europeo debe ser constructiva. Quiero decir que habría que cesar de hacer aquí el antagonismo militante. Europa es cosa distinta de eso; y es una organización que, por de pronto, debe ser hecha por los que están aquí. En mi opinión, la justificación de la Unión Europea es a paz. Si se deja a los dos bloques en presencia, el uno frente al otro, es una situación plena de riesgos. Resulta, pues, esencial que trabajemos en la constitución de un tercero».

Yo entiendo que la Unión Europea es eso, que debe ser eso. Es en esta condición donde Europa halla su justificación. Si yo fuese el gran Maestro no habría bloques. Pero no soy quien los he creado. Existen, y porque hay dos, hace falta crear un tercero. Nosotros, socialistas, y en particular nosotros socialistas belgas, deberíamos tomar una parte mucho más activa en esta organización que la que hasta el presente hemos tenido. Nos encontramos en presencia de un cierto número de dirigentes conservadores. Los representantes católicos han llegado a asegurarse una mayoría, y toman los puestos de mando. Los socialistas deben

JAIME VERA

(Viene de la página 1) ción política no me incumben. Yo sólo debo hablar de él como médico. Sigo, pues, Tengo sobre la mesa tres publicaciones de Jaime Vera. Es una el Estudio clínico de la parálisis general progresiva; se titula otra La función de los conductos semicirculares, y es la tercera una semblanza de un enfermo en un momento azar reunido en un momento estos tres trabajos, y ellos muestran tres facetas interesantes del valer intelectual de Vera. El de Parálisis general evidencia su devoción a la práctica clínica; el estudio experimental de los semicirculares supone el espíritu de observación y de análisis que penetra los resortes internos de las cosas por la apreciación de las relaciones de detalle; en la semblanza de Iglesias se revela la percepción de los conjuntos en los problemas nacionales y universales. Estos tres órdenes de trabajo responden a tres grandes ramas del árbol de la ciencia: investigación experimental, observación clínica y análisis de las relaciones de economía social. Y al recorrer las páginas donde fué dejando Vera el fruto de su inteligencia privilegiada, más parecen

las obras de tres sabios orientados en estos diferentes derroteros que la producción de un solo hombre que alcanza la cumbre en la variable expansión de la actividad humana.

De sus estudios de la parálisis dijo su maestro, el gran Esquerdo, que el que a ella consagra las primicias de su entendimiento revela un gran corazón, un ánimo viril y un entendimiento práctico; de la función de los conductos semicirculares, paciente trabajo de laboratorio, mereció de la crítica la afirmación de que quedaba resuelto tan interesante punto de la Fisiología, al que muchos sabios, desde Florencia, dedicaron sus trabajos, no consiguiendo más que esclarecerlo un tanto; de sus estudios sociales escribió Morato que ni Fichte en sus discursos a la nación alemana se fió más brillantemente ni con más claridad el camino a los hombres y a las muchedumbres que anhelan de veras influir en la historia de su pueblo, de su clase, de la Humanidad.

Este es el hombre que perdimos. Dr. ELEICEGUI

... Pero, sin Franco

Ya está lanzado a la publicidad el Pacto del Atlántico, que se firmará en los Estados Unidos en los primeros días del mes de abril. El Parlamento italiano ha votado la confianza al Gobierno de coalición, para que firme este Pacto, por 342 votos contra 170. Hubo 19 abstenciones nada más. Portugal ha sido invitado a suscribir el Pacto, siendo vanas, por el momento, las alegaciones que ha hecho el Gobierno de Lisboa para que España — la España franquista — sea invitada AHORA mismo a suscribir el aludido documento. Franco está fuera de juego. Ni entra en el Pacto, ni ha percibido los beneficios del Plan Marshall. Se habla de negociar otro Pacto del Mediterráneo, pero ya hay periódicos falangistas que exigen, como condición PREVIA, que España sea integrada antes en el Pacto del Atlántico, como Italia. Para eso, agregamos nosotros, hace falta que, como Italia se deshizo de Mussolini, España se deshaga de Franco. Y en eso estamos, y en eso coincidimos casi todos.

El realismo de Don Alvaro

de veras — proclame, en una solemnidad, que cuando advino la República, la última, cuyas desventuras han hecho la nuestra, había muerto Don Quijote y los partidos se llenaron de bandadas de Sancho-Panzas ?

No se merece la gentil República medida en cuna que no sapicaron ni la violencia ni la sangre, que uno de sus primeros valedores le atribuya, tan sin cuidado, inconvenientes imaginarios.

Abandonando toda disquisición, quiero decirle que el orador — y disculpe mi osadía — no presenta, como realmente es, la magia inflexible adueñada del ánimo de Sancho cuando muere su patrón. No. El señor Albornoz equivocó a su auditorio cuando dijo por extinguido el Ideal al morir el Caballero Manchego que le ofreció su brazo y encarna en Sancho como el zafiro realismo materialista hinchando de apetitos las filas de los partidos. Nada de eso, don Antonio. Cuando muere Don Quijote, con testamento en el que condena como errores sus pasadas devociones de Caballero Andante y renuncia al perseguido Ideal, es Sancho quien movido por el resorte de un encantamiento total, le presenta la más entera protesta y reclama para él la bandera que el hidalgo abandona ante la muerte.

No estará de más recordar aquí que nuestro don Miguel de Unamuno, captando la trascendencia de esta sucesión en su « Vida de Don Quijote y Sancho », preconice, como un gran futuro, el labrado por los Sanchos que sobre el mantillo realista de su ambición aclimataron la flor inmarcescible del Ideal.

Hay aquí una condenación del realismo que hace acorde con aquella otra con que iniciaba uno de sus últimos discursos señalándolo como una de los conceptos contemporáneos que despoja de la necesaria calidad moral a toda concepción política. Pero la elección difícilmente con esta entrada al discurso que le comento al proclamar a esterilidad de toda mística política y de toda extremosidad teórica y doctrinal. Me cuesta, por ello, a través del conjunto de estas exposiciones de ideas y tácticas, fijar la constante entre las líneas, fosforescentes de retórica, que dan silueta al pensamiento político de don Alvaro.

No niego que la concupiscencia de Sancho sea recusable cuando mira hacia el suelo de las alas de su serafico amo en cien trances comovedores antes de su retractación. Sin duda que su mequino realismo necesita un saneamiento de frescas aguas lustrosas.

Pero ¿hacia dónde vamos a volver los ojos buscando un modelo para que su higiene mental, según deseo de Azafia, no raye en cinico desdeseo o no nos ahogue con sus tufaradas de olla podrida? Para cualquiera es demasiado proclamar ante el practicoismo de Thiers. Realismo lo llama don Alvaro. A nuestro juicio, desprendiendo de lo que fué su política todo lo que la compuso, menos los resultados.

A ninguno se nos escapa, sin embargo, que en el desgajado está toda la conducta de un hombre: y su lógica, su consecuencia y su moral. De ahí que nos desorienta el señor Albornoz cuando, tras de su vigorosa repulsión del realismo como simple tendencia, exhala sus arrobos de admiración por el sagrado respeto que sentía Thiers ante los hechos.

No tanto, no tanto. Fátuo y agresivo en la primera mitad de su vida, se cuidó celosamente en sus años postreros de acentuar las cualidades contrarias, no siempre con éxito. Es cierto que fué él quien pre-

conizó, primero, una República « conservadora » que no hiciera « miedo »; cierto también que la condenó a desaparecer de no reeditar estas características. « Será así o no será », proclamó. Y esto le valió veintitantos actos de diputado en la primera elección legislativa de la tercera República. No ofrece duda que era un bravo captador de realidades. Pero entre éstas, ocupando anchísima plaza en el registro de su conducta, se encuentra su monarquismo con la Monarquía, su republicanism con la República, y su agitación convulsoria con una y con otra cuando los resortes habituales de la política no servían sus ambiciones, combatiendo a la monarquía de Luis Felipe por su pacifismo y a Napoleón III por su bellicosidad. Al primero porque no sigue a Palmerston en su ficticio y agresivo patrimonio de las nacionalidades, y al segundo por haberlas patrocinado, malogrando la República preparada para el año 30, al caer Carlos X, y una vez llegada la III República desdeñando la democracia como « vil multitud » que no penetra en sus temerarios planes de conquista en Oriente, intentando reanimar las ambiciones imperiales al calor de las cenizas de Napoleón transportadas a Francia bajo peligro estrepitoso, y amenazando la paz de Europa porque Metternich niega la mano de una archiduquesa para un duque de Orleans.

Este resumen desordenado de su actividad pública coloca a Thiers en el marco de un realismo excesivo para el jefe del Gobierno de la República en el exilio. Sin embargo, su emocionada invocación permitía esperar un viraje posibilista hacia fórmulas realizables, de parte de don Alvaro. Máxime cuando, a renglón seguido, cita, como quien entre-

tor. Es un comienzo; es necesario continuar. Dichosamente, hombres como Henri Rollin han mostrado que el Partido Socialista no estaba ausente de estas tareas.

En lo que concierne a la declaración de los Derechos del Hombre, hemos hecho un progreso respecto a la O.N.U. Hemos querido dar eficacia a los principios que proclamamos, principalmente por la creación de un Tribunal. Quisiera subrayar que en el Comité Jurídico un cierto número de socialistas, entre ellos un representante del Movimiento socialista internacional, han hecho oír su voz.

Lo que importa es que el momento de los trabajadores se interese de más en más en la creación de Europa, pues ésta no se debe hacer sin la clase obrera».

El traidor no es menester

El empréstito conseguido por Franco en Nueva York no le resuelve las dificultades del momento. Ya dijimos que las tres cuartas partes de esos dólares quedaban en manos de los acreedores de la Telefónica. Ahora la prensa de Madrid se hace eco, para alimentar su apetito insatisfecho, de lo siguiente: « Se rumorea que una gran institución bancaria de Nueva York está dispuesta a concedernos un nuevo préstamo de unos 50 millones de dólares ». Pocos dólares son hoy 50 millones...».

Por su parte, la radio franquista ha divulgado que si consiguiéramos algodon de los Estados Unidos ellos podrían ayudar a levantar de ese modo la economía europea. Como se ve, siempre andan por donde se les da, a pesar de los pujos de grandeza de que alardea Franco.

Una prueba de esos gestos de gran señor es la llegada a España de algunos centenares de niños hambrientos de países devastados por la guerra. Son ganas de escarnecer al mundo, que Franco se dedique a pedir a Europa niños hambrientos y desnudos, cuando en nuestro país los hay, errabundos y sin medios de instrucción, a millares. Todo es falso y oropescoso en la España militarista y reaccionaria de hoy.

Lo de reaccionario no es una exageración nuestra. Vase lo que ha hecho en Sevilla el cardenal Segura: prohibir la representación de la revista teatral « La Blanca Doble » y la de varias películas, entre otras, « La Fe », inspirada en una novela de Palacios Valdés. El cardenal, al ser interrogado acerca de estas medidas, dijo: « Si los Poderes del Estado juzgan que es improcedente la prohibición de algunas películas y revistas teatrales, libre tienen el camino para apelar a la Santa Sede ».

Franco, ni aun tratándose de una medida adoptada por el cardenal Segura, que no goza de sus simpatías, es capaz de apelar a la Santa Sede. Al contrario, necesita dar

la sensación de que la Iglesia y él son una misma cosa. Como alardea de identificación con la clase obrera, haciendo decir a sus plumíferos que la legislación social española es la más avanzada del mundo. Todo es bluff y mentira en la España de Franco. He aquí lo que acaba de publicar « Forja », órgano del Frente de Juventudes de Guipúzcoa, en su número de número último: « Actualmente se habla mucho de Justicia Social y de Revolución Nacional-sindicalista. Tanto se han explotado estas palabras, que después de mucho prometer y de mucho cacarear, cuando los obreros o la clase media nos oyen hablar de revolución, nos miran con la indiferencia propia del desengañado. ¿Sabéis por qué ocurre esto? Pues, sencillamente, porque la Revolución verdadera, la Nacional-sindicalista, no se ha hecho, a pesar de tanto hablar de ella. Nos la han escamoteado porque no hemos tenido valor para defenderla e imponerla. No se puede exigir al obrero en el taller o en la fábrica un gran rendimiento, si sabe que después de su trabajo, cuando regrese a su casa (de alguna forma hay que llamarla) le espera el cuadro desmoralizador de su mujer y sus

hijos en un cuarto inhumano, en el que tienen que guisar, comer, pasar el día y dormir, todos juntos de mala manera. ¿Qué entusiasmo puede tener, si sabe que los racionamientos que le dan son insuficientes para el mal vivir y que con el salario que le pagan no puede comprar de estraperlo autorizado el pan que sus hijos le piden? No: la Falange no es el Penal, no es la Tabacalera, no es Abastos, ni la Fiscalía, no es todo lo desagradable que existe en España y que quieren ahacernos. La falange es una tacha revolucionaria que cumplir, una reforma total, que si no se hace, es sencillamente, porque los señores que representan, podemos decir, la contrarrevolución, los señores « muy de derechas », no la quieren porque a sus intereses no les conviene. »

Pues si a Franco y a Falange les quitaran el Penal, la Tabacalera, Abastos y la Fiscalía, ¿qué quedaría? Esos deshechos de los restos ex juveniles del falangismo de José Antonio no cuentan para nada en el Gobierno del Caudillo, que merece ser barrido del concierto internacional, por decoro público. Y a la hora de ser barrido, ya se ve, no le llorarán ni los falangistas. El traidor no es menester... A. AVELINO

Vida departamental

BLIDA (Argelia)
Celebró asamblea ordinaria la Agrupación. Despachados normalmente los asuntos corrientes, se pasó a la renovación reglamentaria del Comité, habiendo quedado reelegido el anterior, integrado por Antonio Sánchez, presidente; José de la Fuente, secretario; y Abelardo Colmenero, tesorero.

OLORON.
La sección de la U.G.T. celebró reunión mensual ordinaria el 27 de febrero, resolviéndose con regularidad los asuntos de trámite. Nombróse nuevo Comité compuesto en la forma siguiente: Presidente, Francisco Martínez; secretario, Marcos Manrique; tesorero, Nemésio Vallés; vocales, Rafael Torres, Luis Villalta y Rafael Clavijo. La correspondencia, al secretario, 41, Place Gambetta, Oloron (B.P.).

Los compañeros de la región parisina (París y departamentos limítrofes) que deseen enviar dos semanas a Bélgica a sus hijos, durante las vacaciones de Pascua, deben indicar a Solidaridad Democrática Española, 31, General Beuret, París (XV), lo antes posible. Edades, de 7 a 15 años.

La U.G.T. de París celebró asamblea extraordinaria el día 3 del próximo abril, a las diez y media de la mañana, en sus locales, 10, rue Echus-Saint-Martin, París (10). Se ruega puntual asistencia.

Con numerosa asistencia de compañeros celebró el día 6 la reunión convocada por el Comité interdepartamental Drôme-Ardèche, del Partido. Fué elegido Comité en la forma siguiente: Presidente, Luis González; secretario-tesorero, Miguel López; vocales, Tomás González, Carmelo Hernández y Antonio Orduña. La reunión se desarrolló en un magnífico ambiente socialista. Por conducto del Comité de la U.G.T. se hizo una colecta para el fondo Pro España. La correspondencia, al secretario, 9, Pl. République, Privas, (Ardèche).

BLIOS.
Celebró reunión general el 20 de febrero el Grupo departamental del Partido de Loir et Cher. Resueltos diversos asuntos de interés, y habiendo el compañero Enrique Cancio presentado la dimisión del cargo de secretario, quedó nombrado el Comité departamental en la forma siguiente: Presidente, Perfecto Antuña; vicepresidente, Juan Alberdi; secretario, José del Valle; vicesecretario, Mannel Chincolla; tesorero, Emilio Jiménez.

Es por esto por lo que la decepción y el disgusto me acompañan a la lectura y me siguen al término de este discurso. No saber a qué carta quedarse mientras se elaboran las razones y llegar a su término a una conclusión que no se acomode a ninguna de ellas, es algo excepcional en el arte de la dialéctica. Por ello me hubiera sabido mejor que, en su final, más adecuado para el verbo de un agitador no muy cuidadoso de lo que dice que para el discurso de un jefe de Gobierno, dejando de comparar el Rubicón con el Albornoz, hubiera comunicado a sus auditores el modo de concertar los principios con la acción para salvar los restos de la democracia peninsular y de la que aún resiste en Francia.

La raya del Rubicón significaba la guerra. Pero cuando llegaban a su cauce guerreros doblados en estadistas de sólida hombría, intentaban hacer de sus aguas la mejor rubrica de la paz y de la convivencia, antes de dar el paso fatal. Más de un cambio junto a su alveo la espada por la pluma, pensando, como un viejo código, que vale tanto la tinta de un varón de consejo que la sangre de un valiente.

No le doy satisfacción con estas líneas, estoy seguro. Querria usted verme desbordar entusiasmo ante don Alvaro. No vea, a su pesar, en mis palabras un desfallecimiento en mi vieja admiración por su bella literatura periodística, su vasta erudición histórica, sus magníficas jornadas tribunicias y su hombría de bien. No lo dude usted. Ni de mi buena amistad, que se la subrayo con un fortísimo abrazo del

Bachiller LEKEITIO

La Comisión Ejecutiva ha celebrado su reunión ordinaria, conociendo entre otros, de los asuntos siguientes: Fueron examinadas las noticias recibidas en Secretaría en orden a las reiteradas gestiones que la U.G.T. viene realizando en forma de organizaciones obreras tendientes a conseguir el apoyo de las mismas para que no se conceda, ni oficial ni privadamente, por la Banca americana, ningún auxilio económico al Gobierno franquista. La Comisión Ejecutiva acordó proseguir las interesantes en las mismas al resto de las organizaciones obreras cuyas paises han aceptado los beneficios del Plan de reconstrucción europea.

Doña Gloria Giner de los Ríos agradece, en nombre del compañero Fernando de los Ríos, el telegrama enviado por el 3º Congreso de la U.G.T. La organización obrera libre de Holanda envía un donativo para la U.G.T. del interior.

Se acordó la publicación del folleto titulado « En defensa de la democracia ».

Se adoptaron las resoluciones pertinentes en orden al campo de Aras.

La Comisión Ejecutiva examinó detenidamente las comunicaciones recibidas del Interior, adoptándose los acuerdos pertinentes.

La Comisión Ejecutiva examinó detenidamente las comunicaciones recibidas del Interior, adoptándose los acuerdos pertinentes.

Paquillo estuquista. Lector de "las dominicales del libre pensamiento" y de la Biblia. Las "medias copas" de "los lunes".

Biografía de LARGO CABALLERO por Rodolfo Llopis

Condenado por cazador furtivo... sin serlo. — Cómo se vencían las crisis de trabajo. — Madrileño cien por cien.

A la mañana siguiente me presenté en el 17 de la calle de Jesús del Valle. Pregunté por el señor Agustín. Subí al primer piso. Apenas firé del cordón de la campanilla, salió el mismo, en persona, a recibirme. Vete al barrio de Salamanca — me dijo —. Allí estamos haciendo el Hospital de los Franceses. Preguntá por el Trobós, de mi parte. Dile que te envía el maestro para que se admita en la cuadrilla. Hála. Ya pasará yo por allí. Marché al Hospital de los Franceses. Busqué al «Trobo». En seguida di con él. Era un hombre pequeño, malencarado. — ¿Qué quieres, muchacho? — me preguntó de mal talante.

— Yo quiero trabajar — le contesté —. Aquí me envía el maestro, el señor Agustín.

— Trabaja tú, pequeño? exclamó con fuerte acento gallego el «Trobo». Después de una pequeña pausa, añadió: ¡Bueno! Anda: sube tabloncitos, trae cubos de agua, y cuando termines, ponte a «pasar» yeso — concluyó el hombrecillo.

Y como me había ordenado, comencé a subir tabloncitos. Unos tabloncitos que pesaban más que yo. Y, después, unos cubos de agua, que iba colgando de un brazo, y cuando llegaba al cubo, me indicaba el peón. Y, sin descansar, con un cedazo que me dieron, me puse a «pasar» yeso.

Aquel mismo día — añade —, el «Trobo», estimando, sin duda, que me daba poca prisa en la faena, cogió una «lia» y me soltó un par de zurriaguazos. Lancé un quejido. Pronto me repuse. Y, encarándome con él, le dije muy seriamente: A mí, señor «Trobo», no tiene usted que pegarme. ¿Sabe? Ni usted, ni nadie. No había terminado mi queja, cuando aquel hombrecillo, saltando una blasfemia, y acompañando a la blasfemia la acción, me lanzó otro zurriaguazo como diciendo: «Toma, para que aprendas a respetar a los mayores en el oficio». Me marché. Me fui a otra

cuadrilla del mismo maestro, a la del «Peñuelas». Poco después llegó el señor Agustín. Se lo conté todo. Se rió bonachonamente. Le pareció bien lo que había hecho yo. ¡Yo, que tenía escasamente nueve años!

Paquillo, como llamaban al aprendiz, cayó bien en aquella cuadrilla. El peón, el ayudante, el oficial, comenzaron a tomarle cariño. Bien es verdad que Paquillo procuraba cumplir escrupulosamente. Nunca llegaba tarde. A las seis y media de la mañana entraba en la obra. Entraba, como los demás estuquistas, ya almorzado. En eso se diferenciaban de los albañiles, que entraban a las seis; pero, en cambio, almorzaban a las ocho. A las doce paraban todo para comer. Para comer, y para dormir la siesta. Corta comida, y corta siesta, porque a la una volvían a comenzar. Y mientras hubiese luz, ya no se dejaba el trabajo.

Paquillo se sentía satisfecho. Creía haber encontrado, al fin, su oficio. Aunque el maestro le dio el sábado un duro solamente — menos de lo que ganaba en la cartería de la Carretera de Extremadura — el nuevo oficio le gustaba más. Paquillo se fijaba en todas las operaciones y las seguía con gran interés. Quería aprender pronto. Ese era todo su afán. Durante la siesta, nuestro aprendiz, en vez de dormir, cogía una llana y, con «masa vieja», se entretenía tendiéndola sobre el guarnecido de los albañiles, haciendo como que «ensababa». O hacía zócalos. O veletas imitando mármoles. El caso era hacer algo del oficio. Adelantar. Aprender.

Paquillo quería aprender y saber. Por eso, mientras fue aprendiz, iba todas las noches a las Escuelas Pías de la calle de Palafós, que después se trasladaron a Raimundo Lull. Como fue a un curso a la Escuela de Artes y Oficios, que había en la calle de los Estudios. Quería terminar de aprender bien a leer, a escribir, a contar, y saber un poco de dibujo. Los domingos tam-

poco dejaba de ir a los Escaplos. Iba a jugar a la pelota y a jugar al billar. Aunque aquellas reuniones dominicales se celebraban, sobre todo, para que los chicos fuesen a misa, no faltaban entre los Escaplos algunos Padres tolerantes. Nuestro Paquillo no iba a misa, ni confesaba. Y los frailes lo sabían, pero se hacían los desentendidos.

Una de las cosas que más atraían a nuestro aprendiz, eran las discusiones que armaban los estuquistas durante las comidas por cosas del oficio. Las discusiones llegaban a veces a ser violentas. Y siempre, por saber qué cuadrilla era la que trabajaba más y mejor. La emulación, más todavía, la rivalidad entre estuquistas, era cosa proverbial.

— Donde estén los «Boinas» — decía uno — boca abajo todo el mundo. No hay quien pueda con ellos. Son los más largos en el trabajo. Sobre todo el Pepe — añadía otro.

— Si, porque el Lázaro no vale tanto — aclaraba un tercero. Nuestro aprendiz se quedaba boquiabierto al enterarse de que toda una familia, cuatro hermanos, eran grandes estuquistas. Y hasta el padre tenía fama como barnizador.

— Pues yo digo que los

Nuestro compañero Rodolfo Llopis ha trabajado durante mucho tiempo en la preparación de una biografía de nuestro inolvidable Largo Caballero, a base de conversaciones mantenidas con él. Los capítulos de la biografía, a medida que se redactaban, los revisaba el propio Largo Caballero. Nuestro compañero Llopis reservaba la publicación de la biografía para cuando regresásemos a España. A pesar de ello, al morir Largo Caballero, ofreció en «El Socialista» el primer capítulo de su obra, dedicado a la infancia de nuestro llorado compañero. Hoy, al cumplirse el tercer aniversario de su muerte, ofrecemos el segundo capítulo de la biografía, consagrado a describir las condiciones de trabajo, en Madrid, en la época en que fué estuquista Largo Caballero.

fué peón. De aprendiz, pasé a ser ayudante. El peón que más ganaba en mi tiempo, ganaba diez reales. El ayudante que más, cuatro pesetas. Yo llegué a ganar, en seguida, las cuatro pesetas — afirma victorioso. Y muy pronto — añade — me pusieron de oficial. Pero la codicia del maestro no consiguió que me pagasen como tal oficial, sino como simple ayudante. Fue en las obras del Banco de España, lo recuerdo muy bien, — asegura — donde trabajé por primera vez de oficial. Después de todo — continúa — yo no puedo quejarme. En mi oficio he tenido suerte. Trabajé con buenos maestros: con Agustín Pérez, con Pedro Barcones, con Vigil, con Pepe Riesgo el de «los patios»...

También trabajé — añade — con buenos oficiales: alguno de ellos, como el Tío Lorenzo,

había me abastecía de lecturas. O eran anarquistas, o eran anticlericales. Las anarquistas las recibía de Barcelona. Todas me las pasaba. También me prestaba «El Cencerro». Y «las dominicales del libre pensamiento». Yo, por la noche, en casa, devoraba todas esas publicaciones.

— Cuando llegábamos a una obra — continúa, animándose gradualmente con el relato — los albañiles, por lo regular, se habían marchado ya. Dependía, de verdad, de la clase de trabajo que tuviéramos que hacer, según que fuesen interiores, patios o fachadas. Los estuquistas, por lo general, seguimos a los albañiles. Y aunque coincidiéramos albañiles y estuquistas en una misma obra, era fácil distinguírnoslos y reconocernos. A pesar de vestir igual — pantalón blanco, larga blusa abro-

chada, alpargatas y gorrilla — nos diferenciábamos. Hasta nuestras arquetas parecían distintas. Éramos — lo dice sin afectación — los obreros más pulcros de la edificación. Eso no quiere decir — añade — que en mi oficio no hubiese de todo. Lo había, como en los demás oficios. Lo había formales, y lo había borrachines. Lo había divertidos, y lo había pendenciosos. ¡He conocido a tantos!

¡He trabajado en tantas cuadrillas! Algunos de ellos eran famosos. Me acuerdo del «Cabeza de hierro», de los tres «hermanos Madriles», del «Pelagallo»... El «Pelagallo», que no comía por jugar a la lotería, y que consiguió embarcar a toda la cuadrilla para que jugaráramos. Con él y por él jugamos multitud de veces, sin que nos tocara nunca. Hasta que decidimos no volver a jugar más. En la primera extracción que jugó el «Pelagallo» sin nosotros, — nos dice — le tocaron cuarenta mil reales. También me acuerdo — añade — de «el Calvo». A ese lo tenía yo en mi cuadrilla. No se podía con él. Buen obrero, eso sí; pero tan buen obrero como borrachín. Cuanto ganaba, se lo bebía. Como que acabé cobrándole yo los jornales, y

rolina», en busca de un buen mercedero. El sitio lo elegía siempre el iniciador. Y allí se pasaba el día comiendo y bebiendo. Ni que decir tiene que la comida no era sino el pretexto para beber. ¡Y se bebía de lo lindo!

Aquellos de la «media copa» de «los lunes» — añade — acabó por parecerme mal. En cuanto fui oficial, me negué a secundar la costumbre. Si se me iba el ayudante, todavía me quedaba yo a trabajar; con el peón me arreglaba; pero si, además, se me llevaban al peón, tenía que renunciar al trabajo. Por más que les predicaba, no conseguía convencerlos. Se marchaban. Se marchaban, claro está, sin mí.

— ¿Es que piensas heredar la casa? — me decían entre irónicos y enfadados. — ¡Triste recuerdo conservo yo de uno de aquellos lunes! — exclama después de una pausa — El iniciador había propuesto ir a Tetuán. Y a Tetuán nos fuimos. Una vez allí, no nos gustaba lo que nos ofrecían en aquel mercedero. Alguien propuso que nos marcháramos a «Puerta Hierta». ¿A Puerta Hierta desde Tetuán? — exclamaron algunos. — A Puerta Hierta, que yo sé de un sitio donde tienen muy buenas chuletas. No se discutía más. Acordamos bajar a Puerta Hierta. El grupo de compañeros, atravesando el Pardo, nos encaminamos en busca de nuestro mercedero. Un guarda del Patrimonio, sabiendo a nuestro encuentro, nos ataja. Nos pregunta que a dónde vamos. Se lo decimos. No nos cree. Nos toma por cazadores furtivos. Fue en inútiles nuestras protestas. El guarda, con la carabina en la mano por todo argumento, nos lleva a la casilla. Llana

a la guardia civil, y nos denuncia como cazadores furtivos. Vamos al cuartel de El Pardo. Insistimos en nuestras protestas de inocencia. A pesar de eso, al cabo de un rato, cuando esperábamos encontrarnos en el mercedero de Puerta de Hierro, nos halláramos en Colmenar. Y aunque la pareja se mostraba, al parecer, convencida por nuestros alegatos, nos procesaron. Quedamos, sin embargo, en libertad. Volvimos a Madrid. Un día nos enteramos que el fiscal pedía para cada uno de nosotros una multa de 125 pesetas. Mi pobre madre, para que no perdiese yo ninguna hora de trabajo, fué a hablar con el abogado que me había correspondido de oficio. El abogado aconsejó que nos conformásemos. Según él, era lo más conveniente. Así, nos ahorramos de ir a Colmenar y multitud de molestias. A mi madre le pareció bien. Nos allanamos. Pasó el tiempo. Nadie se acordaba ya del proceso. Mas, un día, el Alcalde de barrio me llama para notificarme que hay que pagar la multa o ir a la cárcel. ¿De dónde saco yo ciento veinticinco pesetas? Y, después de todo, ¿por qué he de pagar una multa de cazador furtivo, si yo no he sido nunca semejante cosa? — me preguntaba a mí mismo. Quizá hablando en el Juzgado se podría arreglar el asunto. Y me fui a arreglarlo. ¿Arreglarlo? En cuanto me vieron, me echaron mano. Y por primera vez, por primera vez, me llevaron a la cárcel. La Carcel Modelo de Madrid me albergó dos días. Después, en conducción ordinaria, a la de Colmenar. Y en ella pasé treinta días. Ese fue mi primer proceso, y mi primera condena. ¡Condenado por cazador furtivo... sin serlo!

¡Las consecuencias que he tenido para mi vida de militante la mentira de aquel guarda del Patrimonio! Porque, a partir de aquel instante, ya tenía yo antecedentes penales. Y cada vez que me han procesado, o me han sentenciado en el banquillo, por obra y gracia de aquel dicho

so «lunes», han surgido los famosos antecedentes penales y he sido, sin deberlo ser, irrecientemente ¡sí me acordaré yo de la «media copa» de los estuquistas y de la justicia burguesa!

Todo en el oficio, claro está — decimos nosotros — no son las «medias copas». Después de todo, no hay más que un lunes cada semana y no todas las semanas — añadimos — tienen esa clase de «lunes».

— Desde luego — asiente nuestro estuquista — En mi oficio se trabajaba mucho. Cuando yo comencé, y durante mucho tiempo, salvo esa costumbre de la «media copa» de los «lunes», no se dejaba de trabajar por nada del mundo. Que yo recuerde — añade — solo en muy pocas ocasiones hemos abandonado el trabajo. Una de esas ocasiones, fué cuando Alemania quiso ocupar violentamente nuestras islas Las Carolinas, en agosto de 1885. Era yo todavía un chaval. Tenía diez y seis años. ¡Madrileña manifestación patriótica se armó en una abrir y cerrar de ojos! Yo soy de los que fueron, como tantos otros más, a la calle del Amor de Dios, que era donde estaba la Embajada Alemana, a arrancarles el escudo.

— Recuerdo otra ocasión — rememora nuestro estuquista — Fue un año más tarde, en septiembre de 1886. La sublevación de Villacampa. Yo vi los cañones en las bocanillas. Tenía que ir a la calle de Preciados, y no pude. Es la primera vez que oí sonar los tiros y silbar las balas junto a mí. Buen susto me llevé.

— No — prosigue — después de esta disgresión — El estuquista de mi tiempo trabajaba mucho. Mucho. Apenas llegaba al pie de la obra los volquetes con las cubas, cuezos, tamicas, p'alos, tabloncitos y «lias» de esparto, nos poníamos a la faena. A mí me gustaba mucho hacer andamios. Sobre todo, «colgar patios». (Continúa en la pag. 3)

La crueldad de Franco

En su número del 26 de febrero, el agregado de prensa de la Embajada de España, Manuel Maestro, intentó dar una respuesta a mi declaración (de mi carta fechada 9 de febrero) que en las oficinas del Post-War World Council (Consejo del Mundo de la Post-Guerra), lo mismo que en las del Partido Socialista, «hemos recibido protestas aparentemente bien fundadas de la horrible crueldad practicada por la policía de Franco y sus Tribunales contra obreros de quienes se sospecha intentan luchar contra su Gobierno dictatorial».

La mayor parte de la respuesta del Sr. Maestro carece de fundamento. Gita a un corresponsal norteamericano, Constantine Brown, para probar que no hay campos de concentración en España. Arguye que Franco es anticomunista y es odiado por los comunistas. Lo cual es bastante cierto, como también lo era en el caso de Hitler.

En cuanto al resto, el apologeta de Franco tuerce curiosamente la historia. El dictador español vino al Poder gracias a una rebelión dirigida en la cual ambos lados fueron culpables de crueldades. No conquistó el Poder gracias a la bendición del Papa en el mes de diciembre de 1938, a la cual el Sr. Maestro hace referencia, ni tampoco a la bendición posterior del Chase National Bank, a la cual el Sr. Maestro no hace referencia. Debe su conquista al apoyo militar de dos enemigos de la humanidad, Mussolini y Hitler.

Se mantiene en el Poder gracias a métodos que posiblemente sean un poco menos crueles, pero, en el fondo, idénticos, a los que emplean los comunistas en Hungría. Y los justifica razonando precisamente de igual modo, es decir, considerando que todo enemigo de su régimen es un traidor al servicio de algún otro Gobierno.

He aquí algunos de los crímenes a los cuales me había referido. El 21 de mayo de 1948, 22 mineros españoles fueron sacados de sus hogares en Asturias por la brigada especial de la Guardia Civil de Franco. Se les acusaba de ser miembros del Sindicato Minero y simpatizantes socialistas. Fueron arrojados a un foso en Pozo-Fumeras, empapados con gasolina y volados con dinamita. Tengo los nombres y los datos de las familias de 9 de estos hombres, datos que fueron transmitidos con gran riesgo a través de la resistencia clandestina.

El 7 de febrero de 1948, un Consejo de Guerra, según despacho de las benedictas Presidencia a 30 años de cárcel a tres hombres por el mero hecho «de ser de filiación anarquista» y condenó a muerte por «actividades anarquistas» a Enrique Marcos Nadal, titular de condecoraciones francesas y británicas, por actos de heroísmo en el movimiento de resistencia en Francia donde estuvo refugiado. Parece ser que Franco a pesar de las benedictas del Papa, del Chase National Bank y de Eric Johnston, todavía es tan poco querido por su pueblo que no puede permitir siquiera que sus presuntos enemigos sean juzgados por un Tribunal civil adecuado.

Un corresponsal extranjero tan capaz, Homer Bigart, en cuatro artículos publicados en el «New York Herald Tribune» (1-4 de febrero 1948), acusa documentadamente de que la mentalidad de los gobernantes españoles ha cambiado bien poco desde la guerra; que hay muy poca libertad para los grupos religiosos minoritarios; que el «protestante en España continúa siendo un ciudadano de segunda clase»; que la prensa está rigidamente controlada; que millares de hombres y mujeres se encuentran en «libertad vigilada», y que otros millares «han sido deportados a provincias remotas».

Una vez más sostengo que el Papa tendría en su justa campaña contra la injusticia comunista más peso moral si recomendará a Franco ese nivel de justicia y de tolerancia que reclama a los gobernantes húngaros. No basta con que Franco sea, según opina Mr. Bigart, «menos represivo que los rojos». No será sobre base tan pobre como al deservirlos, parece volver a vivirlos en toda su plenitud.

Yo no he sido peón — nos ha dicho más de una vez, con cierta vanidad — Yo no

NORMAN THOMAS.
Del «Washington Post» de New York, 5 de marzo de 1949.



Largo CABALLERO; a su lado, D. Luis de ZULUETA, ambos, de pie; sentados: BESTEIRO, SABORIT y ANGUIANO, momento antes de salir, amnistiados, del Penal de Cartagena, en mayo de 1918. (Fotografía nbnca publicada, archivos de A.S.).

«Boinas» — gritaba otro — no sirven para descalar a Tomás el Pachín. Ese sí que es un oficial de cuerpo entero. ¿Qué cobran los «Boinas»? — preguntaba el orador de tanta — El que más, — se contestaba a sí mismo — gana cinco pesetas. Los otros, diez y ocho reales. ¿Qué gana Tomás el Pachín? Pues gana diez pesetas. ¡Diez pesetas! ¿Está claro quien vale más? Así un día y otro. Nuestro Paquillo, en casa, rumiaba de noche las discusiones del medio día. Toda su ilusión se cifraba en dejar de ser aprendiz cuanto antes. Ser peón. Ganar, como los buenos peones, diez reales. Llegar, en seguida, a ayudante. Alcanzar cuatro pesetas de jornal. Pero, sobre todo, ser oficial, un buen oficial, un gran oficial. Y la figura de Tomás el Pachín, con sus diez pesetas diarias, se agrandaba ante sus ojos.

mu popular entre los del oficio. Recuerdo al Tío Lorenzo como si lo estuviese viendo ahora mismo. Era alto, fuerte, con largas barbas evangélicas. Venía a trabajar con la tarterilla en una mano y la Biblia bajo el brazo. Hablaba muy bien. A todos nos encantaba. Le llamábamos Jehová. Y al Tío Lorenzo le agradaba el apodo. Tenía un ayudante, Juan, que también profesaba su misma religión. Durante las comidas y durante la siesta, ya se sabía, teníamos lectura de la Biblia. El Tío Lorenzo la explicaba y la comentaba. No faltaban bromas, más o menos pesadas, de algún guason. Se armaban buenas discusiones. A mí me aficionaron a la lectura de la Biblia. Hasta me llevaron a un Centro protestante que tenían en la calle de la Madera, donde después estuvo «El País». Pero, a pesar de su propaganda, no consiguieron que abrazara yo su religión.

Nueva elección parcial en Inglaterra, la 33, ganada por el Partido Laborista. Esta vez se irataba de un distrito que ha sido conservador, donde los liberales se han abstinido, y donde los laboristas sustituyen a uno de los suyos, que dimitió por los escándalos de prensa — no confirmados, en general — acerca de supuestos favores de la Administración a determinados elementos. El propio Mr. Churchill rindió honores a la moralidad de sus adversarios, pero el alto funcionario implicado dimitió, como es costumbre en Inglaterra y debería serlo en todo país organizado decentemente. El laborista ha obtenido el 53 por 100 de los votos, o sea 18.606, contra 16.454 que alcanzó el conservador. Era una batalla que los partidarios de Mr. Churchill contaban ganar. Pero la han perdido. El pueblo inglés no se deja desorientar. Se explica la ira de los totalitarios de ambas tendencias.

chada, alpargatas y gorrilla — nos diferenciábamos. Hasta nuestras arquetas parecían distintas. Éramos — lo dice sin afectación — los obreros más pulcros de la edificación. Eso no quiere decir — añade — que en mi oficio no hubiese de todo. Lo había, como en los demás oficios. Lo había formales, y lo había borrachines. Lo había divertidos, y lo había pendenciosos. ¡He conocido a tantos!

«Se ve que los «cachorros» de Franco no se entreñan placidamente a Pemán. Habrá que cortarles las uñas...»

Imprimerie Spéciale de EL SOCIALISTA
30, rue Saint-Marselle
Gérani; R. DONAS